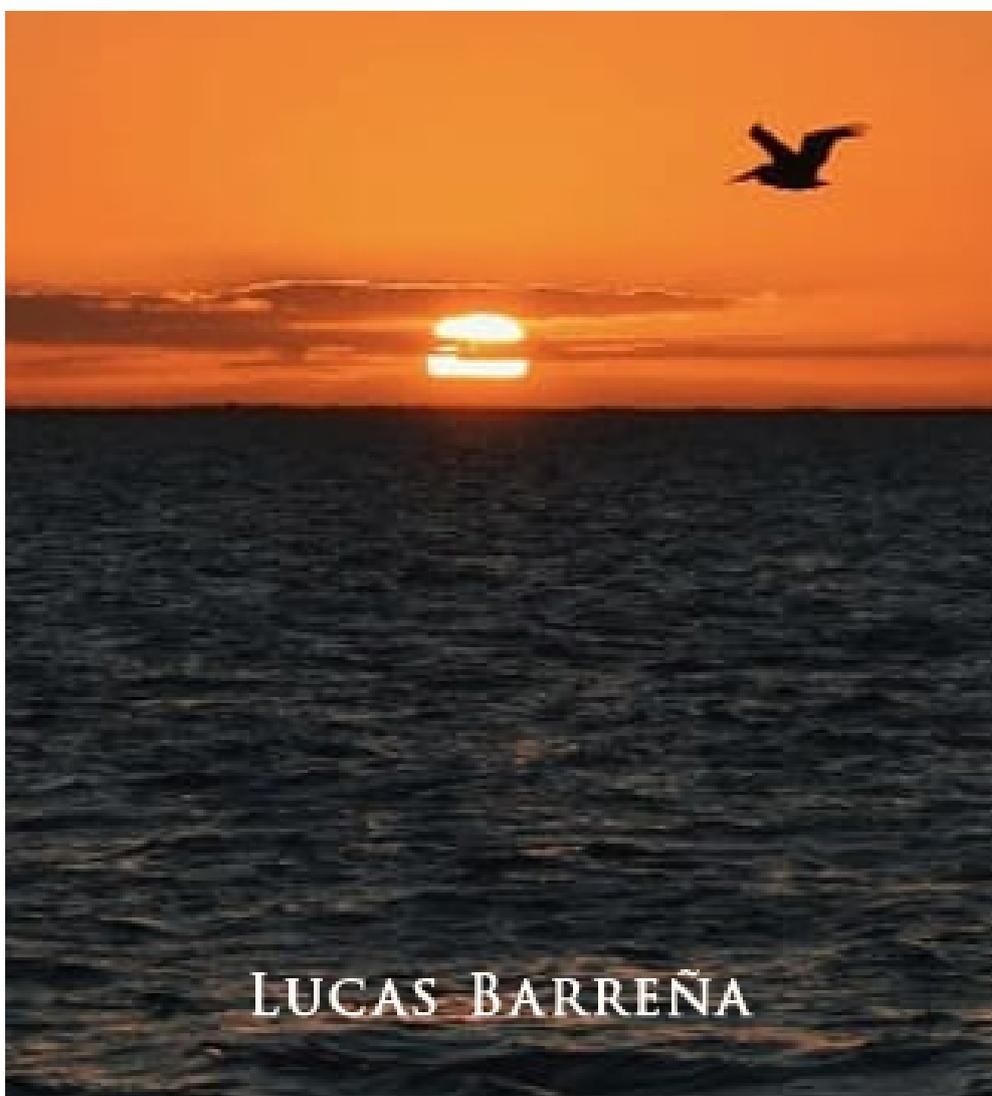


# Óxido en nuestros pies

Lucas Barreña Frutos

## ÓXIDO EN NUESTROS PIES



LUCAS BARREÑA

## Capítulo 1

No existía para él peor hostigamiento que sentir la suavidad de sus plumas desvanecerse ante los continuados barrotes de hierro que separaban la jaula de la libertad. El tacto respondía incluso mejor que su mente las veces que por desgracia caía en los infortunios de la soledad y la depresión, agobiado por una bruma que sin que existiese podía percibir; el eterno entorno de aislamiento no daba esperanzas prósperas en las que creer, pero la fe ciega a veces lo ayudaba a soñar con un futuro lejos de la cárcel que lo vio crecer, donde el cielo celeste lo esperaba para planear.

Le parecía una injusticia que el destino lo haya arrojado adonde ningún otro pájaro hubiese preferido estar, donde de hecho una minoría era la que nacía envuelta en semejante mundo de crueldad. Cada día que pasaba –que quizás eran horas o años, pues nunca supo tener real dimensión del tiempo– parecían ensanchar los barrotes de hierro, aquellos que antes habían sido su único recurso para ilusionarse con la emancipación.

“Se caerá, se caerá –rezaba para sus adentros–. Por aquí vendrán a rescatarme, por aquí me liberarán”. La ingenuidad lo había perseguido desde que empezó a anhelar su albedrío, convencido de probables proezas de libertad. Si había nacido en el infierno, entonces dentro de poco le tocaría en las nubes estar, expulsando su esplendor sin caer en repentinos dilemas existenciales y con entusiasmo por no sentir toda esa ira que hasta ayer le provocaba ansiedad.

Sabía que un día volaría alto, muy alto, tan alto como mucho de los suyos o quizá más allá. Quizá llegaba a rozar aviones y coquetearle a aquellas alas industriales que mucho tenían que envidiar; no alcanzaban demasiada velocidad pero eran tan bellas como alcanzar la independencia para alguien tan vulgar: un amarillo cadmio se esculpía en las barbillas de un plumaje que relucía aún más su color por el contraste del raquis en degradé que de rojo a naranja le daba sentido a todo aquello que no parecía real.

Convencido de que algún día, seguramente en el momento menos esperado, los barrotes de hierro perderían su estabilidad o, mejor aún, un héroe anónimo lo raptaría para dejarlo secuestrado en el infinito cielo celeste, el pájaro intentaba perfeccionar su manera de volar. La pequeña área que ofrecía su celda circular le impedía realizar maniobras volátiles, pero el optimismo de su destino le daba motivos para no darse por vencido: “Cada fracaso es un escalón hacia la gloria. Cada sufrimiento sentido no hace más que prepararme para que en la libertad goce de un espíritu rebelde y con el mundo a mis pies”.

El ruido del aleteo era cada vez más armónico; las alas habían mejorado sustancialmente su coordinación y moverlas a destiempo había pasado a ser un lapsus de principiante. Prácticamente no recordaba cuándo fue la última vez que se había sentido un inexperto en el aire, casi como si le hubiese ocurrido en otra vida. Trataba de no ulular durante sus vuelos para poder sentir un placer mayor al escuchar solo el sonido de sus alas. Se había convertido en un amante del silencio aunque a veces en miles de idiomas le hubiese gustado gritar.

Nunca entendió muy bien cuál era su función allí, en aquella celda. De vez en cuando algún humano le acercaba un puñado de semillas para que se alimente o le reemplazaba el agua del tacho cuando se ponía turbia. Siempre se sintió como una decoración, pero de esas que en realidad ni siquiera importan, como un viejo reloj de pared o una máquina de escribir que hacía tiempo que no tenía tinta en el tintero. El cariño era un privilegio para las mascotas de cuatro patas, quizás su gracia estaba en darles algo de júbilo a las personas simplemente con la macabra idea de poder despojar a otra especie de su hogar natural.

La esperanza crecía en cada instante en el que las atmósferas colapsaban ante la perplejidad. Se ilusionaba con los ideales de libertad al son que sus alas cobraran carácter, tanto en inquietud como en textura. Desde su ojos podía ver –e incluso hasta sentir– que sus plumas eran de oro. De un oro inquebrantable y seguro, que esperaba estar en contacto con nubes de terciopelo para planear como ningún otro pájaro lo había hecho antes.

El prometedor temporizador hacia la independencia aumentaba los quilates en cada esfuerzo que destinaba a contabilizar los supuestos segundos, minutos y horas que tardaría en liberarse del injusto martirio. Nunca temió por una impensada realidad que lo pudiese desaferrar de sus sueños, pues semejante sufrimiento acumulado debía tener una recompensa diametralmente opuesta.

El pájaro estuvo años transpirando deseos que, de hecho, llegaron a pegársele en su piel. Se volvió inseparable de los sueños, aunque poco apuesto a perseguirlos. Esperó por años la caída de los barrotes de hierro como si fuese el muro de Berlín; esperó décadas enteras a un superhéroe de capa roja para que haga por honor a su cualidad de justiciero lo que nunca intentó lograr él.

Por mucho tiempo el desespero no había estado en sus planes, ni siquiera en el más pesimista de ellos –si es que existía tal–. No dudaba en creer que el destino debía actuar por él y no al revés, pero cuando sufrió por primera vez un extraño miedo que le frotó la idea de que estaba a punto de perderlo todo, recobró fuerzas para empezar a emprender.

Echó un vistazo a su plumaje y entre exhaustas ululaciones se estremeció con tristeza al divisar que la parálisis que le produjo la realidad había oxidado todo el oro que sus alas supo tener.